



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

Título original: UN MAESTRO EN LA MONTAÑA

© 2015, Virginia Read Escobal

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN:978-9945-19-365-7

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Editora Corripio S. A.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: febrero de 2016

Director de Arte y Producción:

Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición:

Ruth Herrera

Ilustración de cubierta:

Virginia Read Escobal y Tulio Matos

Ilustraciones:

V. Read Escobal, T. Matos, J. A. Polanco y G. Pérez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

# **UN MAESTRO EN LA MONTAÑA**

Virginia Read Escobal

loquele<sub>o</sub>



*Para Sonia, Fior, Santa, Marlenis, Nicole, Héctor,  
Santiago, Fausto, Claudio y Ariel.  
Gente que sube Montañas.*

*A la memoria de nuestro querido Claudio, pequeño y gran guía que abrazaba los libros.*

## Román sube a la Montaña

El maestro sube con anhelo y determinación a la Montaña; le gusta hacer el recorrido a pie. Es un viaje que le reconforta y le reafirma. Le transforma.

“Insensato”, le llamaron cuando terminó los estudios tres años atrás y dijo que decidía dejar buenas ofertas de trabajo y todas las comodidades para enseñar en aquel lugar tan alejado. En principio, nadie le tomó en serio hasta el día en que comunicó la fecha de su partida.

Con todo y su escaso equipaje preparado, y sabiendo que no había vuelta atrás, sus padres aún le reclamaron: “Después de tantos sacrificios y años de estudio en la Capital, ¿quieres ir al peor sitio a desperdiciar tu talento? ¿Estás loco?”. Ambicionaban más para su hijo, un buen trabajo en la Capital, un colegio de prestigio. Una escuela prácticamente aislada en la Montaña era un atraso. Cómo explicar que no encajaba allí, que nada lo ataba al pequeño pueblo donde había nacido, pero tampoco deseaba ir a una ciudad grande, como esperaban sus padres.

Román trepa encantado el estrecho y empinado camino que conduce a su escuela, en la loma de Aniceto

Martínez. Piensa en sus antiguos compañeros de estudios allá donde se formó como maestro; sus padres habían hecho un gran esfuerzo mandándolo a Santo Domingo para alejarlo de Elías Piña. Para sus amigos, ser destinado a aquel lugar suponía un castigo, un destierro. Aquella región era muy remota, mal comunicada, alejada del progreso, plagada de conflictos e injusticias, de desafíos y peligros. Decían que estaba llena de gente bruta y arcaica. No entendían que fuera voluntariamente.

10 Sin embargo, a cada paso que da el maestro, su corazón va impregnándose de una alegría primitiva. La Montaña es lo más cercano que conoce al paraíso.

Teniendo la Montaña cerca, la mayor parte de la gente de su pueblo, Hondo Valle, renegaba de ella. Solo era buena para cultivar la tierra y la crianza de animales. A pesar de crecer oyendo comentarios negativos, él siempre quiso estar ahí, por eso se ofreció por decisión propia. Nadie duraba más de dos años en el puesto de maestro-director en la escuelita de la Montaña. Él había roto con esa tradición y pensaba seguir allí todo el tiempo que pudiese.

Cuando empezó tres años atrás, el viaje era un verdadero calvario. Recién estrenado en el cargo debía hacer el camino a pie o en burro, y por obligación ya que no podían transitar vehículos. Dos horas tardaba en subir si el tiempo era bueno. Cuando llovía aquel trayecto era un suplicio de barro y piedras, una tortura, aun llevando las recias botas de goma de agricultor. Más de una vez tuvo que rescatar un zapato succionado por el barro del camino.





No le quedó más remedio que aprenderse bien el trayecto y cogerle cariño a cada curva, a cada pendiente, a los hoyos, a las zanjas y a los desfiladeros. Al año siguiente, en una campaña política, ayudó mucho el que arreglaran parcialmente la carretera. Nada del otro mundo, rellenaron hoyos con gravilla y pasaron una aplanadora. El pavimento probablemente tendría que esperar otros cuatro años. La gente del pueblo consideraba más urgente reconstruir el puente que comunicaba gran parte de la región con el país, pero por alguna nada extraña razón el presupuesto nunca alcanzaba. Años atrás una crecida del río se lo había llevado por delante y así seguía.

Todo en Hondo Valle, la mínima cosa daba trabajo; se perdían las cosechas porque los camiones no pasaban y se morían los enfermos por no poder llevarlos a tiempo al hospital más cercano. Por eso, todo el que podía se iba. Ahora el camino a la escuela no está tan mal y Román puede subir en motor; lo hace cuando tiene que ir con carga, pero la mayor parte de las veces prefiere subir andando.

Subir hace que se olvide de los problemas y se concentre en lo que le gusta. Disfruta especialmente la sensación que le produce el inicio del camino ascendente, como de abandonar el mundo al dejar atrás el último pueblo, Cañada Miguel. Los barrios poblados y el bullicioso intercambio de mercancías del puesto fronterizo, con todas las viviendas destartadas y la basura sin recoger, van dando paso, poco a poco, a pequeños caseríos. Más adelante te encuentras solitarias cabañas diseminadas y casi mimetizadas en un paisaje de tranquilidad y verdor. La

naturaleza se magnifica cuando pierde de vista la última casa.

Es doblar un recodo, caminar unos metros, cruzar el riachuelo y todo cambia como por arte de magia. Prefiere no mirar atrás y concentrarse en lo que tiene delante. Respira profundamente y se introduce en un lugar de vegetación diversa y primigenia.

Según avanza por el camino, las vistas son prodigiosas y su estado de ánimo mejora con cada paso; la postura de su cuerpo va cambiando, camina con más confianza; la espalda se le va desencorvando y se estira cuanto largo es. Las finas líneas del entrecejo también van desapareciendo. Siente que lentamente se va desintoxicando del pequeño pueblo donde casi nada funciona.

La Montaña es frontera, un mundo aparte y en ella todo es distinto. Román llena los pulmones con el aire limpio, y roza con la yema de los dedos los árboles centenarios cubiertos de musgo, alineados al borde de la carretera. Son como la escasa y recia gente que habita el lugar. Hermosos pinos que últimamente también peligran.

Solo hay una cosa que el maestro teme en la Montaña. Hay un mal que se esconde y se disfraza en una persona que él identifica como La Autoridad. Acecha y vigila con mil ojos, y los cierra cuando conviene, en Este Lado y en el Otro. Una nube negra que de vez en cuando se cierne cuando menos lo espera y siempre para mal.

A mitad del camino se cruza con unas mujeres y unas niñas que bajan, todas con pesadas cargas en sus brazos y sobre las cabezas, los bultos siempre en proporción a